

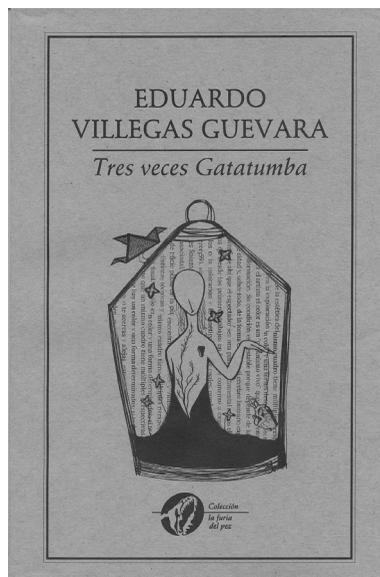
¿Por qué Gatatumba?

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

La escritura del mexiquense Eduardo Villegas Guevara se caracteriza por una amplia diversidad en cuanto a géneros e intereses. Comprende obras dramáticas, quizás la parte menos conocida de su producción, a pesar de que es egresado de la Licenciatura en Literatura Dramática y Teatro de la Universidad Nacional Autónoma de México; literatura dirigida al público infantil, sin duda la de mayor difusión en cuanto al número de títulos y de ejemplares que ha publicado; de índole didáctica, con volúmenes sobre cómo hacer teatro y cómo crear títeres (explica su proceso de fabricación y su posterior puesta en escena).

Lo más conocido es su trabajo narrativo, desde las historias donde el protagonista es Eddy Tennis Boy, ese conspicuo detective privado necense, pasando por los cuentos y testimonios hechos patentes en títulos como *El blues del chavo banda* (1990) y *Orillas del asfalto* (1999), hasta llegar a su vertiente fantástica, en volúmenes como *La noche de la desnudez* (1996) y *Los senderos laterales* (2008).

La poesía no ha sido ajena a Eduardo Villegas, aunque él mismo ha aclarado que, con base en el respeto que siente por este género, ha sido muy puntilloso y cuidadoso a la hora de publicar poemarios salidos de su trabajo creativo. Escribe



Eduardo Villegas Guevara, *Tres veces Gatatumba*, México, Ediciones del Ermitaño, 2013.

mucho —a partir de un ritmo logrado merced a un virtual enclaustramiento por el que se aparta de todo contacto personal que le implique distracciones a su labor— y, sin embargo, publica relativamente poco, luego de pasar sus páginas por un arduo proceso de revisión. En lo que toca a su escritura poética, ha llegado a hablar de muchos años de elaboración o de espera, de maduración de las páginas, como en el caso de *Tres veces Gatatumba*.

Es de reconocerse tal postura, pues si algo abunda en las ediciones de obras literarias en el país, son precisamente los libros de poesía o, para ser más claro, de libros que se dicen de poesía pero que dejan muchas dudas no sólo respecto a su calidad, sino, incluso, sobre si 'eso' que se publica es en verdad poesía. Con lo que nos enfrentamos a la típica paradoja de que, en un país donde se lee poco, abundan los "demasiados libros", por usar

la frase de Gabriel Zaid. Además, otra irónica situación: son muchos quienes, sin ser ellos mismos lectores de poesía, tienen el atrevimiento de publicar sus poemas, por norma bastante generalizada, de cuestionable factura.

Tres veces Gatatumba tiene un antecedente particular: *Nace Gatatumba*, por el cual Villegas Guevara se convirtió en uno de esos casos no muy comunes de autores mexicanos que son editados fuera del territorio nacional. *Nace Gatatumba* salió a la luz en 2007, como una publicación de Los Lares Casa Editora, con sede en la ciudad colombiana de Medellín.

Nace Gatatumba reúne una colección de poemas divididos en cuatro secciones ("Infancia sin Gatatumba", "Nace Gatatumba", "Retrato de Gatatumba" y "Gatatumba vuela"), donde se presenta el personaje aludido con intención amorosa, esa críptica Gatatumba como objeto sobre el cual discurre el sujeto lírico. Quizás en un plan muy riguroso sería necesario conocer este volumen para entender de manera cabal el siguiente, pero esto no es tan estricto. Entre sus méritos, se encuentra una asimilación plena con el espacio colombiano —al cual Villegas Guevara ha viajado con frecuencia en los años recientes, lo mismo por cumplir con una residencia literaria que conducido por sus tareas como editor al frente de su sello Cofradía de Coyotes—.

Mejor es referirse a *Tres veces Gatatumba* como un texto que se deja leer aun sin haber trabajado conocimiento con los versos de

su volumen antecedente. En lo que corresponde a *Nace Gatatumba*, la edición colombiana alcanza las 67 páginas y poco más de medio centenar de poemas, mientras que *Tres veces Gatatumba* registra las 93 páginas y tres secciones: “Gatatumba en el jardín de los pequeños”, “Gatatumba en el cinematógrafo” y “Las lunas de Gatatumba”; la primera y la última comprenden, cada una, veinticinco poemas; mientras que la parte intermedia está integrada por otros tantos veinticinco textos, pero de prosa poética.

Gatatumba ha alcanzado la madurez. Se planta ante el recuerdo y siempre se hace presente con la posibilidad de que bien puede desaparecer, en una combinación de estados de cercanía y lejanía, causa eventual del desahucio, o de la muerte, de quien la invoca, con referencias a caramelos, danzas, flores patibularias, demonios, trucos, señales de humo, etcétera.

Dentro del ritmo interno del libro, y antes de remitirme a la sección intermedia, el final del camino está en la evocación de la luna, otro objeto afín para el verso de Villegas. En este apartado, la luna son muchas: una que se va, otra rojiza, aquella melancólica, la del condeñado, del indiferente, la crepuscular, la que “nada sabe del día”, la del verano, del rocío, la “del hombre que habla a solas”, la del descabezado...

Atrae, sin embargo, el segmento “Gatatumba en el cinematógrafo”, no sólo por tratarse de textos en prosa poética, sino porque constituyen una propuesta imaginativa y, desde cierto punto de vista, audaz: ubica al

lector en la circunstancia antaño reiterada de ir al cine y no ver la película, que estaba entre lo mejor que le podía pasar a una pareja.

Necense de origen y formación, Villegas extrae de la oscuridad de la sala de cine el efecto de las caricias más audaces, solapadas, en un monólogo que no requiere de ser diálogo para adivinar o verificar reacciones femeninas, pues basta con lo que se le dice a Gatatumba para que quede el testimonio de atrevidas tardes cinéfilas, a la vieja usanza, imposibles ahora en las asépticas y adocenadas salas de nuestra época actual.

Reminiscencia juvenil, en la que cabe, entre otros elementos, la figura de un Mick Jagger acompañado de sus *Satánicas Majestades*, la petición o ruego “Gimme shelter”, en una vía paralela que hace recordar al escritor mexicano por antonomasia, Alejandro Ariceaga, quien escribió en su momento también que, de joven, quería ser, precisamente, Mick Jagger.

Por ello, arriesgo que conviene leer de corrido la segunda sección de *Tres veces Gatatumba*, mientras que los poemas de la primera y tercera bien pueden gozarse de manera individual, aunque no puede soslayarse que, en rigor, hay una tensión a lo largo de todo el libro, una intención de ir construyendo el mensaje poético de manera que cada texto, en todo caso, está colocado donde se lo quería poner, o donde tenía que ir.

¿Por qué Gatatumba? No queda sino leer este libro, o preferentemente el primero, sobre el nacimiento del personaje, aunque no está de más

volver a escuchar otros sonidos que ayuden a aprehender el misterio. Sí, la “Tarumba” de Sabines, pero también —y esto no es sino sugerencia con base en lecturas personales— el “Metumbe” del malogrado poeta mexicano José Alfredo Mondragón. Y en una relación paralela, en lo que toca a *Tres veces Gatatumba*, me viene uno de los primeros libros del también fallecido Alejandro Aura, su *Cinco veces la flor*.

En este 2013 Eduardo Villegas cumplió 51 años de edad y lo ha hecho publicando varios libros, incluida una antología de nuevos relatos de Eddy Tenis Boy. A esto hay que sumar *Tres veces Gatatumba*, dentro de un festejo en el que alguien como él —que en efecto tiene sumo respeto a la poesía— decidió que sus textos abandonaran el reposo para lanzarse al encuentro de posibles lectores, ante quienes la poesía se reivindica. O como dice Villegas en “Gatatumba bajo la lluvia”: “no hay deseo que valga cien lágrimas / ni cuerpo que no lo cumpla”.

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA. Escritor y periodista, becario del Centro Toluqueño de Escritores en 1983. Ha publicado una veintena de libros, entre ellos los volúmenes de cuentos *Rey de nada*, *Cerca pero no tan lejos*, *Historia entre dedos*, *Los taches de Dolores y otros estudios de género*; las novelas *Danza rota y Mil caballos de vapor*; los volúmenes de crónicas *No me olvides y otros apuntes de nostalgia*, *Goyo el gato y el regreso del conejo* y *Arena de Gelidonia*; los ensayos *Con diez años de menos* y *Nube XXI*. Becario del Focaem en 2005, recibió la presea Estado de México José María Cos en periodismo e información 2001, así como la presea Ignacio Manuel Altamirano 2011 del Doctorado en Humanidades de la UAEM. Se desempeña como docente en la Facultad de Humanidades y en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de México.